

CAPITULO X.

Con riesgo de muerte.

—¿Qué divinidad tengo delante de mis ojos?

Preguntó con exaltación Lippi.

Y á esta pregunta respondió Sobeiya, con algunas palabras en árabe.

—Entiendo la compasión que centellean esos ojos, percibo el aroma que exhala ese aliento, adivino cuanto quieren decirme esos labios, pero no entiendo tu lengua.

—Impórtame poco, dijo Sobeiya, porque estoy segura de que entenderás el castellano.

—Como el puro toscano, contestó Lippi, aunque no lo hablo.

—Ahí tienes un medio de entendernos, yo hablaré en la lengua de los héroes y tú hablarás en la lengua de los poetas.

—Mucho tardamos en los medios de convenirnos, cuando realmente tenemos ya arreglado el convenio.

—¡Infiel!

Exclamó Sobeiya, dirigiéndose solemnemente al pintor como para hacerle una advertencia.

—¡Infiel! dijo Lippi con tristeza; ¡qué palabra tan vana, dirigida á quien desea ser para tí la misma fidelidad!

—¿No has entendido su significado?

—No.

—Yo te lo explicaré.

—Bien lo necesito, porque antes de verte ¡ah! te había presentado, y al presentirte, jurádole fidelidad eterna.

No olvide el lector la poca memoria que tenía Lippi en achaques de amor y por consecuencia la facilidad con que olvidaba, á la vista de una mujer, sus ideas, sus juramentos y sus votos.

—Tú sabes que nuestras religiones son diversas.

—¿Y por qué hablar de todo aquello que nos separa, cuando sentimos y conocemos tan bien todo aquello que nos junta?

—Porque nuestra separación, tan negra como la noche, puede convertirse en unión perdurable, como la unión de dos estrellas en el cielo, si vencemos el obstáculo que nos divide y arruinamos el muro que nos aparta.

—¿Obstáculo? Yo siento latir tu corazón. ¿Muro? Yo te veo ante mí deslumbradora y puedo tenderte los brazos y estrecharte contra mi seno si tu voluntad lo permite.

—Decíanme que los cristianos son entre los hombres como los caballos entre los animales; á saber, los más nobles de los nacidos.

—Deciante la verdad.

—¿Y tú, que has adivinado por qué he venido; tú, nazareno, propóneme algo, practicable solamente por las fieras del desierto; propóneme la satisfacción de nuestras pasiones más rudimentarias pasando sobre los escrúpulos más vulgares?

—¡Sultana!

Dijo Lippi mordiendo los labios.

—¡Cautivo!

Le contestó Sobeiya como para llamarlo al respeto.

—Las pasiones intensas no suelen curarse de los obstáculos, ni aun pareciendo insuperables.

—Las pasiones profundas ¡ay! aspiran á la inmortalidad.

Lippi, al oír tan bello lenguaje, hizo como un movimiento de extrañeza.

—¿Sabes por qué ha preferido mi corazón un nazareno cautivo á todos los musulimes libres y poderosos?

—¿Por qué?

—Porque vosotros sois hombres de una sola mujer.

Lippi se sonrió sardónicamente al oír esta afirmación de Sobeiya.

—Nuestra ley, el santísimo Koran, dispone que el hombre tome pocas mujeres, dos, tres, cuatro á lo sumo entre aquellas que más le hubieran complacido. Hasta señala cómo la perfección suprema es el enlace con una sola mujer, acompañada excepcionalmente de una esclava. Y la corruptela, que todo lo vicia, ha admitido una infinidad de mujeres en los serrillos de nuestros nobles á título de esclavas; irreparable culpa, que paga la gente de merito y de mi raza con castigos continuos.

—La pasión, que te ha traído hasta la dura mazmorra del esclavo, no debía inspirarte esos razonamientos tan fríos, sino los delirios y los éxtasis de un amor sin límites.

- ¡Cristiano!
- ¡Sultana!
- ¿Sabes lo que arriesgo al venir aquí?
- No.
- Pues arriesgo la vida.
- ¿Cómo?
- Mi padre, que me idolatra, de saber mi descenso á este sitio, segaría-me en su irritacion con su propio alfange la garganta.
- La muerte se encuentra en la esencia y en la sustancia misma del amor, como en la esencia y en la sustancia misma de la vida. Amar es morir, y morir es amar. No te importe, sultana, si verdaderamente me amas, ese vano riesgo. Morir por tí, morir tú por mí, ¿qué término mejor á esta triste vida?
- Pero morir amando y amada es morir dos veces. Precisa que pasemos por el borde oscuro de este abismo como pasan los elegidos para entrar en el eden por el filo de una navaja.
- ¿Sabes cuál es la mayor necesidad que puede cometerse en este mundo?
- ¿Cuál?
- Desconocer y desaprovechar los verdaderos momentos de felicidad.
- ¿Pues?
- Y ahora tenemos la dicha de que tú me ames y yo te ame.
- Justamente.
- Por consecuencia.....
- Por consecuencia ¿qué?
- Déjame que, á lo menos, reciba de esos labios el sello que ha de marcar para siempre mi alma.
- No, no. Te pondré el hierro candente de mis labios en el alma, como cuando se le pone al caballo la marca de su dueño, cuando seas mio.
- Lo soy desde este momento.
- No, ahora tú y yo somos de la muerte.
- Que no debe llegar sin haber gustado antes la vida exaltada del amor.
- Desgraciado del que solamente aspira en el mundo á la satisfacción de sus pasiones.
- Me hablas de la muerte material que nos reserva la ira de tu padre y no comprendes la muerte moral que me está dando la crueldad implacable de su hija.
- Nazareno, me ofendes. Me crees tan liviana que me imaginas capaz, por haber arriesgado á causa de tí la vida, capaz de arriesgar tambien el pudor.
- Amar no es resistir.
- Es vencer, muchas veces, vencerse á sí mismos.
- Victoria no debe llamarse, no, derrota de todos los pensamientos, de

- todos los propósitos, de todos los deseos ante el sér querido, por cuyos besos, tan necesarios como el fuego mismo de la vida, se puede y se debe dar hasta la esencia de nuestro sér y la honra de nuestro nombre.
- Me conoces muy poco.
- ¿Y tú me conoces á mí?
- Te adivino.
- ¿Cómo?
- Por el relampagueo de tus ojos que calcina hasta mis tuétanos, por el simoun de tu aliento que me extravía y me trastorna la cabeza.
- Si tan trastornada la tuvieras caerías en mis brazos.
- Caería en tus brazos como cae el ave herida á los piés del cazador.
- Justamente; tú lo has dicho en tu estilo oriental.
- Crees, nazareno, menos fuerte á una mujer que á un ave.
- ¿No me dijiste lo principal, no me dijiste que me amabas?
- Ningun empacho tuve en decirte un pensamiento revelado por mi presencia en este sitio.
- Descendida ya hasta mi infierno ¿qué te importa descender hasta mi corazon?
- Seré tuya cuando lo consientan mis ritos.
- ¿Por qué mostrarme la felicidad, y al tocarla, escondérmela con placer tan bárbaro?
- Porque no me contento con que sea tuyo mi corazon, quiero que lo sea mi conciencia; y no me contento con que lo sea mi conciencia, quiero que lo sea mi reino. Por jóven y por galan tienes ya mi corazon; por renegado de tu religion tendrías mi mano; y con mi mano el reino de Túnez.
- ¡Renegado!
- Exclamó Lippi, que creia tener ya lograda su dicha, una dicha tanto mas grata cuanto que se presentaba sin haber sido ni presentida ni anunciada, y la veía desvanecerse allá en los confines de lo imposible.
- ¿Te espanta la condicion impuesta por una musulmana á un nazareno?
- Filippo bajó tristemente la cabeza.
- Yo os creí á los italianos escépticos.
- Pero no hasta el punto de abandonar á nuestro Dios.
- Y si no abandonas á tu Dios por mí ¿qué abandonarás? ¿Qué muestra de cariño podrás darmé? ¿Con qué prenda contaré? ¿Cómo sabré que tu amor no es un capricho del corazon, ni una voluntariedad, ni un relámpago?
- Te lo juro.
- Me lo juras por un Dios en quien yo no creo.
- Te lo juro por un Dios que no cabe en tus mezquitas.
- No blasfemes; nuestras mezquitas jamás pretendieron contener en sus frágiles y estrechas naves al que es eterno, al que es inmenso.
- Por compasion, apiádate de mí. No me abrases con esa mirada al mis-

mo tiempo que me hielas con ese desden. No me maltrates de esa suerte.

—¿Desden dijiste?

—Desden.

—Lo que desdeno no es á tí; lo que desdeno es la muerte.

—Por matarme.

—No te entiendo.

—¿Crees que puede estar mucho tiempo un corazon humano en este anhelo sin quebrarse?

—Creo que me amas, porque te ha enardecido la sangre un momento, sin haber llegado con mi cariño hasta el alma.

—Tirana, traidora, asesina, ¡oh! ruégote que no me atormentes así.

—¡Atormentar! Y tú ¿qué haces?

—Yo pido una gota de rocío para estos labios sedientos, un poco de calma para este corazon desgarrado, una esperanza para este cautivo opreso; pido, pues, tu amor.

—¡Mi amor! Pides lo que ya posees. Soy tuya, te lo he dicho, tuya ó de la muerte. Pero necesito justificar ante los hombres y sancionar ante Dios la entrega que haga de todo mi ser.

—¿Cómo? ¿Dé qué suerte?

—Nosotros tenemos nuestro cadí para anudar el matrimonio en su tribunal y nuestro iman para santificar el matrimonio en su mezquita.

—¿Pero no envidias religion como la nuestra que solo consiente al hombre una mujer?

—La envidia en esto y no la quiero en lo demas.

—Hay mayor facilidad para tí en seguir mi religion que para mí en seguir la tuya.

—Te engañas.

—¿Por qué me engaño?

—Porque proponiéndome á mí el abandono de mis creencias, resolucion que bajo la dura cimitarra de mi padre se castigaria con la muerte, me propones pura y sencillamente el suicidio.

—¡Dios me libre!

—Para seguir yo tu religion tendríamos que asaltar estos muros tan altos, tendríamos que refugiarnos en ese desierto tan inclemente, tendríamos que buscar una navé amiga en las orillas de ese mar á los fugitivos nefasto, tendríamos que irnos como se van de nuestros climas á vuestros climas las viajeras y errantes golondrinas.

—Con tu poder y con tu industria todo lo conseguiríamos.

—Bajar aquí es una temeridad sin ejemplo y un riesgo sin igual. Huir de aquí seria imposible. ¿Cómo esquivar tantas miradas avizoras? ¿Cómo saltar tantos muros inexpugnables á cuyos piés se abren fosos profundísimos, llenos todos de agua? ¿Cómo recorrer el espacio que nos separa de la

orilla sin que nos alcanzase una lanza, nos hiriese un arcabuz, ó nos degollase una gumia? Infiel, tu matrimonio conmigo es una imposibilidad manifiesta. Renegado, tu matrimonio conmigo es mi mano por premio y con mi mano el reino de Túnez. Te ofrezco, pues, mi amor y una diadema.

—Inútiles ofertas si han de costar el sacrificio de mi religion y de mi conciencia.

—¡Ah! ¡Perro nazareno! Te comprendo. Haste dejado allende los mares un hogar que amas tanto como el ruiseñor su nido y una mujer con la cual estás unido como la tórtola con su pareja. Y quieres que yo te allane el camino para volver á tu hogar y á tu esposa, y en premio, que reciba el título honroso de esclava de mi rival y concubina tuya. ¡Presérveme el cielo de semejante caída y concédame un premio por mi resistencia tan grande como el castigo que mereces por tu culpable intento!

—No desvaries. Si algo me detiene, sultana, es la fé en los dogmas que han creído mis padres y el temor de hundirnos por toda una eternidad en el infierno, donde me aterraria mucho más que el tormento de las voraces llamas, la seguridad de no poder amarte en semejante lugar de odios y de horrores.

—Yo, en mi religion, soy algo mas que tú debes ser en la tuya. Mi padre ha creído necesario dividir sus dominios, de los cuales tiene una parte en Asia y otra en Africa. Para Asia destina el único hermano mio; para Africa me destina á mí, ó mejor dicho, á mi esposo, pues nuestra religion, que consiente la regencia de las sultanas en la minoridad de sus hijos, no consiente su directa exaltacion al trono. Quien sea esposo de mi corazon será tambien rey de Túnez. Si tu corazon desprecia el collar que formarian en torno de tu cuello mis amantes brazos, acepte tu ambicion la diadema de mi reino.

—Yo, sultana mia, yo, ni tengo ni he tenido nunca ambicion. Tus brazos amorosos valdrian mas para mí que todas las preesas y todas las insignias de este mundo, juntas y sumadas. Dominar en el reducido espacio de tu corazon me importaria mas que dominar en los reinos de la tierra y hasta en las estrellas del cielo.

—Porque sabes, ingrato mio, que nada habria mayor que mi corazon y sus sentimientos.

—Sultana, te conjuro á profesar la religion de tu esposo.

—¿Por qué no has nacido tú, extranjero, en algun aduar africano; ó yo, sultana, en alguna cabaña europea? ¿Por qué no te criaste al pié de las palmeras, á la sombra de los fardos cargados sobre el lomo de los camellos, en las tiendas movibles de las tribus nómadas, comiendo un puñado de dátiles rociados con agua clara del oasis y recitando en la inmensidad las suras sagradas del Koran, que abren como llaves invisibles de par en par las puertas del paraíso? O, de otra suerte, ¿por qué yo, infeliz, no creo en